

NOVELA Y PERIODISMO

Por: Héctor Ceballos Garibay

El novelista filtra, recrea y depura la *realidad real* con el interés de construir una determinada concepción personal y artística, la cual, al final del proceso creativo, aparecerá decantada en un objeto específico que conforma la *realidad ficcional*: el universo autónomo del texto literario. El periodista tradicional, por el contrario, escudriña e investiga la realidad para derivar de ella una visión que sea al mismo tiempo certera, precisa y concisa, y, sobre todo, que informe veraz y puntualmente sobre la actualidad y trascendencia de un acontecimiento específico de interés público.

Como resulta evidente, tanto por sus propósitos últimos como por las técnicas de escritura utilizadas, los novelistas se diferencian radicalmente de los periodistas. Los primeros privilegian la forma literaria y la profundidad del mensaje, mientras que los segundos se circunscriben al contenido informativo, es decir, a la búsqueda de una comunicación con el lector que sea clara, somera, directa y exacta.

Esta antigua y consabida distinción entre la literatura y el periodismo sufrió una modificación sustancial cuando, en los años sesenta, aparecieron en los Estados Unidos las “novelas sin ficción” y el “nuevo periodismo”. Esta época, debe recordarse, se caracterizó por una extrema conflictividad social y política: la ruptura generacional y el rechazo de los jóvenes a la sociedad tecnocrática y consumista, el repudio pacifista a la intervención militar estadounidense en Vietnam, y la revuelta contracultural expresada en la psicodelia, el feminismo, el hippismo y el rock.

Si a esta atmósfera de grandes cambios contestatarios le agregamos acontecimientos como los asesinatos de Martin Luther King y Robert Kennedy, la represión al movimiento *black-power*, el arribo del hombre a la Luna y la “guerra fría”, entre otros, entonces puede entenderse por qué la *realidad real*

apareció en este tiempo como un manantial inagotable de informaciones que sirvieron de motivación para el surgimiento de la “novela sin ficción” y el “nuevo periodismo”.

El presupuesto del que partieron algunos escritores consagrados como Truman Capote (quien transitaba por un bache de creatividad en esta etapa de su vida) y Norman Mailer (cuya primera novela *Los desnudos y los muertos* seguía siendo su mejor obra) para crear la “novela sin ficción” fue, precisamente, la certeza de que la *realidad real* era más interesante, sugestiva, dramática y hasta inverosímil (valga la paradoja) que la *realidad ficcional* sustentada sólo en la imaginación de los autores.

No hay duda, pues, que los reportajes novelados nacieron con el ánimo de producir investigaciones exhaustivas, detalladas y documentadas de los hechos que acontecían en la “cruda realidad”. Para escribir *A sangre fría* (1965-1966), por ejemplo, Truman Capote tuvo que pasar seis años explorando, igual que el mejor de los periodistas, tanto los detalles precisos del asesinato cruel de la familia Clutter como los antecedentes familiares y la mentalidad sociópata de Dick y Perry, los autores del crimen. De esta forma, utilizando las técnicas periodísticas de acopio del material informativo y de largas entrevistas con los involucrados, Capote pudo reconstruir el cuadro vivo, objetivo y veraz de lo sucedido aquel trágico día; y gracias al manejo de los recursos novelísticos, consiguió escribir un libro magistral en el cual se recrea el microcosmos cotidiano de una familia rural de una pequeña comunidad del Estado de Kansas, mundo apacible y bucólico que el novelista confronta con la marginación y desolación existencial de esos dos seres cuyo destino final es la delincuencia y la muerte. Terminada la lectura, el público queda inmerso en reflexiones profundas sobre las jugarretas de la casualidad, la fuerza imperativa de las circunstancias y lo difícil que resulta juzgar la conducta de nuestros semejantes.

Los ejércitos de la noche (1968) constituye el otro gran ejemplo de “novela sin ficción”. En este libro, Norman Mailer nos cuenta puntualmente los avatares que varios intelectuales y él mismo

vivieron durante la famosa marcha hacia el Pentágono, cuyo fin era protestar en contra de la política represiva y militarista que Washington aplicaba en aquellos tiempos. El éxito artístico de la novela se debió a que, gracias a la interrelación de técnicas periodísticas y literarias, el escritor supo trascender los límites de su experiencia personal (Mailer es uno más de los personajes), para ofrecernos una reconstrucción vívida y lúcida del suceso específico y del contexto general de la época.

Paralelo al éxito de las “novelas sin ficción”, poco a poco fue consolidándose el llamado “nuevo periodismo” impulsado por autores como Tom Wolfe, Gay Talese, Jimmy Breslin, John Sack, Hunter Thompson, Joan Didion y otros, quienes escribieron sus innovadores reportajes novelados en revistas populares como *Esquire* y en el suplemento dominical “New York” del *Herald Tribune*.

El “nuevo periodismo” tiene sustanciales diferencias con respecto al reportaje tradicional: a) utiliza en forma creativa las técnicas de la novela moderna y vanguardista (los diálogos, el juego con los puntos de vista narrativos, el monólogo interior, los flujos de conciencia); b) recurre al manejo de una prosa intensa y subjetiva que, sobre la base de una mayor participación directa del periodista en los sucesos relatados (Hunter Thompson, por ejemplo, recibió una brutal golpiza cuando terminaba su estudio acerca de los Ángeles del Infierno), trata de impactar intelectual y emocionalmente a los lectores; y c) pretende lograr una mayor libertad, profundidad y trascendencia moral y estética en los contenidos y mensajes implícitos y explícitos que aparecen en los textos producidos.

De este modo, en lugar de informar de los hechos a la manera tradicional, con objetividad, citas textuales y en forma concisa e impersonal, los “nuevos periodistas” se involucran como participantes activos en los hechos, copian las técnicas narrativas de la novela, ofrecen una interpretación subjetiva de lo acontecido, y se preocupan por la calidad literaria de sus trabajos.

Nadie mejor que Tom Wolfe ejemplifica esa cualidad propia del “nuevo periodismo” que consiste en escribir con un estilo personal, adentrarse en la psicología de los personajes e inventar formas y estructuras narrativas capaces de captar la atención de los lectores. En *The Electric Kool-Aid*

Acid Test (1968), Wolfe nos proporciona una apasionada reconstrucción de la vida que llevaba el novelista Ken Kesey (creador del célebre e hipercrítico libro *One Flew Over the Cuckoo's Nest*) en la comunidad psicodélica de los Alegres Pillastres en California. Liderado por Kesey, el grupo llevaba hasta sus límites la experiencia con LSD, la transgresión social y el misticismo.

Asimismo, en su reportaje sobre *La izquierda exquisita...* (1969), Tom Wolfe nos regala un sarcástico retrato de una opípara cena a la que asistió como invitado en el lujoso departamento de Leonard Bernstein. La fastuosidad del convivio (meseros –todos de raza blanca-, deliciosos vinos y manjares, elegantes atuendos), la presencia de connotados intelectuales y artistas de la izquierda liberal, y las amenas discusiones con fervor revolucionario se conjuntaron en honor de los Panteras Negras, que por esta época utilizaban la violencia como arma de lucha y recibían a cambio una feroz represión policiaca. Wolfe apunta sus ironías contra el sentimiento de culpa que sienten estos “radical chic” por ser tan ricos y famosos, y a su intento por redimirse mediante este tipo de festejos “revolucionarios”.

La simbiosis entre la literatura y el periodismo existe desde el nacimiento mismo del género novelístico. Por ello son muchos los antecedentes de la “novela sin ficción” y del “nuevo periodismo”: *El año de la peste* (reportaje sobre la gran plaga de 1665 en Londres) de Daniel Defoe, *The sketches by Boz* de Charles Dickens, *Vida en el Misisipi* de Mark Twain, *La pelea* de William Hazlitt, los artículos y cuentos de Stephen Crane y Ring Lardner, los reportajes de Ernest Hemingway, el libro *The Fire Next Time* de James Baldwin, y sobre todo *Hiroshima* (1946) la magnífica y escalofriante narración que hizo John Hersey sobre el apocalipsis nuclear en esa ciudad japonesa.

Del ámbito de las ciencias sociales también surgieron libros excelentes que antecedieron a las “novelas sin ficción”. Aludimos a obras como: *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis, quien utilizó las técnicas novelísticas para reproducir literariamente las grabaciones y documentos recabados acerca del terrible drama que padecen diariamente los marginados de la ciudad de México, generadores de una oprobiosa “cultura de la pobreza”; y *Juan Pérez Jolote*, del antropólogo Ricardo Pozas, libro que narra

la explotación de las comunidades indígenas de Chiapas a través de las peripecias, contadas en primera persona, del personaje principal.

En Europa también dio buenos frutos este proyecto de crear un periodismo que, a semejanza de la literatura, tuviera una trascendencia ética y estética. En efecto, fue en el viejo continente y desde hace ya varias décadas donde publicaron sus obras tres excelentes escritores-periodistas, cuyos textos son al mismo tiempo informativos, aleccionadores y de gran calidad literaria. Nos referimos a Hans Magnus Enzensberger (*Política y delito, Mediocridad y delirio, ¡Europa, Europa!*), Ryszard Kapuscinsky (*El Sha, El Emperador, La guerra del fútbol, Ébano*), y Günter Walraff (*Cabeza de turco, El periodista indeseable*). Los dos últimos, a pesar de la censura y los peligros que han padecido durante el desempeño de su profesión, produjeron un periodismo veraz, emotivo y directo, cuya misión primordial ha sido la de criticar la realidad establecida, concienciar políticamente al público y conseguir un mayor impacto gracias a la belleza literaria de su prosa.

En los tres ejemplos citados, sobre todo en el caso de Kapuscinsky (cuyos impactantes reportajes desentrañan la realidad sociopolítica de regiones ignotas de Asia, África y Centroamérica), podemos corroborar la forma elocuente como el periodismo contemporáneo se ha convertido, gracias a su riquísimo anecdotario, a su participación directa en los acontecimientos y al desarrollo de las técnicas narrativas retomadas de la novela, en una fuente luminosa para el enriquecimiento de la literatura actual. Más aún, se puede afirmar que las crónicas y los reportajes de estos tres grandes periodistas europeos forman parte, junto a las novelas de Philip Roth, Michel Tournier, John Banville, José Saramago y Ricardo Piglia, entre otros, de la mejor literatura de los últimos tiempos.

En el contexto mexicano, igualmente tenemos una prolongada experiencia de retroalimentación positiva entre la literatura y el periodismo. Estamos pensando en los grandes periodistas (Zarco, Ramírez, Altamirano, etcétera) del siglo XIX, en las crónicas urbanas de Salvador Novo, José Alvarado, Carlos Monsiváis y José Joaquín Blanco, en los reportajes y las entrevistas de Ricardo

Garibay, Elena Poniatowska y Cristina Pacheco, y en la frescura estilística que descuella en el periodismo actual. En este somero recuento no es posible dejar de mencionar, dada su importancia, que en este país contamos con un magnífico representante de la tradición de la “novela sin ficción”: Vicente Leñero (*Los periodistas y Asesinato*).

Gracias a la creciente simbiosis entre el periodismo y la literatura, actualmente existe la certeza de que la actividad periodística representa una provechosa escuela para adquirir el oficio de la escritura. Basta, al respecto, con citar los ejemplos de Gabriel García Márquez, quien no cesa de vanagloriarse de su fructífera experiencia como periodista, previa a su brillante carrera de cuentista y novelista; y de Tom Wolfe, el cual después de convertirse en afamado periodista, decidió incursionar en la literatura escribiendo una soberbia radiografía crítica del Nueva York de los años ochenta: *La hoguera de las vanidades*.

Asimismo, hoy en día resulta evidente el hecho de que poco a poco se ha ido acortando la distancia entre el periodismo y la literatura. En este sentido, no hay duda de que todos los escritores de valía, no obstante sus respectivas diferencias de oficio, tienen un idéntico objetivo: conmover tanto ética como estéticamente la sensibilidad y la conciencia de sus lectores.